

## CAPITULO LXXVIII.

### Heridas del corazon.

No estaba el juez en el tribunal cuando llegaron Jaime y Rosa; pero prevenido ya el escribano los esperaba, mandándolos pasar á su despacho así que oyó anunciar al marqués de Nieblas.

Durante el camino apenas habian hablado alguna cosa con insignificantes monosílabos, temerosa siempre la exigarrera de que la reconociese el marqués antes de tiempo y se les escapara la presa de las manos.

Ciertamente parece que cuando la fatalidad se empeña en perder á una criatura la deja ciega para que no vea los abismos abiertos á sus piés y se precipita en ellos.

Muchas veces Jaime habia sentido estremecimientos nerviosos al escuchar la voz de la que juzgaba tia de su amada; como en un sueño se le presentaba Rosa, creyendo reconocerla en aquellas facciones tostadas al parecer por el sol de Méjico, y en su voz siempre dulce y callada; pero que á veces sin poderlo remediar se elevaban con un agudo

timbre que iban á resonar directamente en el corazon de Jaime.

Entonces volvia la vista con rapidez todo asustado y temblando y se encontraba con el impasible y frio semblante de la mejicana, que le señalaba en un mapa de su pais el punto en que habia nacido y donde radicaban sus fincas.

Completamente confundido, ciego por la fatalidad, se olvidaba de Rosa y creia una fascinacion de sus sentidos lo que por un momento juzgó aparicion funesta de su antigua amante.

De esta manera, de engaño en engaño y de seduccion en seduccion, porque es muy fácil engañar á un hombre enamorado, fué conducido ante el tribunal por la mujer que le amó con entusiasta delirio, la única quizá que hubiera dado por él su vida y su alma.

Apenas entraron, el escribano sin consideracion ninguna á su alto rango, viendo en el orgulloso aristócrata solamente á un criminal, le dijo con su ágría y destemplada voz:

—Me alegro que haya usted venido, porque así evita el que fueran á buscarle, pues supongo vendrá usted á entregarse voluntariamente.

—Cómo á entregarmel... que quiere usted decir?... preguntó lleno de asombro.

—Aquí tiene usted el auto de prision; ahora mismo iban á prenderle; contestó el escribano con estóica frialdad.

Un rayo desprendido á sus piés no le hubiera herido tanto como aquel papel estendido ante sus ojos que leia





¡ Yo soy quien te hiere yo !

ávidamente no pudiendo todavía dar crédito á las palabras que acababa de oír.

Pálido, desencajado, cadavérico, con la vista estraviada preguntó con una voz que parecia salir de una caverna:

—Y de qué se me acusa?...

—Tantas causas tiene usted sobre sí!... la menor de doce años de presidio.

—Y cuáles son?... dónde están las pruebas?...

—En poder del tribunal; ah! bien guardadas las tenia usted en una arquita con dos llaves; pero dispéñeme usted que estoy de prisa, voy á llamar á los alguaciles que le lleven á la cárcel.

Y el escribano al decir esto se levantó de su bufete y salió de la estancia.

Rosa detrás de Jaime, pero á respetuosa distancia teniendo la mesa por parapeto y la puerta abierta á su espalda para poder escapar en un caso de arrebato, le contemplaba con una sonrisa de satánico triunfo imposible de describir.

Era el espíritu de la venganza encarnado en aquella forma de mujer, en aquel rostro de espresion iracunda, en aquellos ojos radiantes de ira que brotaban chispas de luz.

A Jaime no le quedó duda de que le habia hecho traicion don Toribio, adelantándosele la marquesa á entablar la demanda de divorcio, sin pasar ni remotamente por su imaginacion que hubiera podido hacerle traicion su amada Rosario.

—Me ha vendido Toribio!... exclamó con ira, mordiéndose los dedos de coraje.

—No ha sido Toribio, ¡yo soy quién te hiere, yo!...

esclamó Rosa con toda su voz y con aquella entonación peculiar suya, que más de una vez había hecho estremecer á Jaime.

Éste se volvió rápidamente, y entonces apesar de su disfraz reconoció á Rosa; la venda cayó de sus ojos y la contempló aterrado, lleno de espanto y de dolor.

—Y tú eres tía de Rosario!... exclamó no pensando en otra cosa que en su amada.

—Rosario no existe; ni tales mejicanas residen en otra parte que en tu fantasía. Jimena á quien tu amas es hija del capitán de bandidos Juan el Curro, que se ha prestado á esta farsa por obsequio á mí.

—Oh! ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡era una ilusión!... ¡era un sueño!... murmuró con voz sorda cayendo abatido en un sillón.

Rosa esperaba en él ciegos arrebatos de cólera; pero se engañaba.

Aquel hombre estaba herido en el corazón, y esta clase de heridas solo producen abatimiento físico, y dolor profundo en el alma.

Jaime lloró.

Eran quizá las primeras lágrimas que vertía.

Pero no lloraba por la pérdida de su posición, de sus riquezas ni de su libertad, lloraba por la pérdida de su amor.

Aquel amor inextinguible, ardiente, impetuoso, que había tenido el privilegio de tornar su caduca naturaleza á la primera juventud, le hubiera regenerado haciendo un ángel de un perverso; ¡aquel amor era su vida!...

Seguía llorando como un niño, y Rosa le contemplaba estática.

Toda su sed de venganza se disipó ante aquellas lágrimas, reapareció de nuevo en su endurecido corazón una chispa de aquel fuego sublime, que creyó extinguido para siempre y acercándose humildemente á Jaime sacó un puñal que llevara oculto en su pecho, se puso de rodillas y entregándose exclamó:

—Así te amaba yo, Jaime, como tú amas ahora; mi amor se convirtió en odio y te he perdido; mátame, pues, toma, hiere; que la muerte me será dulce de tu mano.

El marqués la rechazó con dulzura.

—Has tenido razón, exclamó; yo te perdono.

—Yo también te perdoné todo el mal que me causaste; pero no te podía perdonar que hubieras hecho un malvado del hijo de mis entrañas.

Vivia alimentada por la sed de venganza y por el deseo de recobrar el amor de mi hijo!...

—Y creías conseguirle perdiéndome?... ahora te odiarás; procura ocultárselo; yo no se lo diré, es la única reparación que puedo ofrecerte para los males que te he causado.

—Quiero morir!... quiero!... quítame la vida ó yo me la quitaré!... exclamaba Rosa amenazándose con el puñal, yo no contaba con tu perdón, y este perdón me hiere más que tus injurias.

Jaime se lo quitó de la mano y depositándole sobre la mesa se levantó y dijo á los alguaciles que estaban detrás de él esperándole:

—Cuando ustedes gusten.

Las lágrimas se habían secado en sus ojos; pero el más profundo dolor se retrataba en su semblante.

Iba á salir sin mirar á Rosa, sin decirla una palabra; pero ella lanzando un grito angustioso exclamó:

—Y se va!... y no merezco ni una mirada...

Jaime volvió la cabeza, y dijo:

—Llévale á Rosario, ó á Jimena, sea quien quiera la expresion de mi dolor; dila que apesar de todo la amaré siempre.

Y salió seguido de los alguaciles.

Rosa cayó en tierra atacada de una horrorosa convulsion.

Cuando el escribano la vió en este estado, y sabiendo que habia ido enviada por la marquesa la hizo conducir á su casa en un carruaje y fué él mismo á darla cuenta de lo ocurrido.

Cuando Tula la recibió aun no habia recobrado sus sentidos.

---



## CAPITULO LXXIX.

### Una visita.

A la hora convenida estaba la señora Andrea en casa de Jacinta; su inquietud maternal no la dejaba descansar hasta que consiguiera reconciliarse con su hijo, asegurando que no saliera de Madrid.

Encontró bueno el medio que proponía Jacinta y aunque la ejecución por sí mismo la repugnaba un poco, no vaciló, antes al contrario, deseaba ardientemente verle realizado.

Una madre está siempre dispuesta á sacrificarse por su hijo.

Jacinta que con la ausencia de Roque estaba muy desocupada, se arregló al momento y dijo á la señora Andrea.

—Vámonos pronto, que quiero estar en casa antes que venga el niño de la escuela.

Bajaron al portal y se encontraron al tío Judas refunfuñando con una cara de bereje que no se le podía mirar.

—Qué tiene usted, tío Judas?... le dijo Jacinta.

—Estoy que rábio!... pues no son cerca de las once y la muy bribona de mi mujer no ha parecido todavía y se marchó al amanecer?

—Estará ocupada; déjela usted... dijo la señora Andrea.

—Infame, ¡pícara!... sin huesos la voy á dejar; miren ustedes el garrote que tengo aquí, en cuanto llegue le rompo en sus costillas.

Y enseñaba un enorme baston de nudos.

—Jesus!... ¡jesus!... qué furioso está usted, exclamó Jacinta; pues no es el caso para tanto! ¡vaya!... ¡cómo qué no hay mas que romper costillas!... Mírese usted en el ejemplo de Camándulas, irá de seguro á la cárcel si tal hace.

—Pero si esto no se puede sufrir!... me ha dejado sin un bocado de pan, sin un maravedí, y anoche me acosté sin cenar; refunfuñó el remendon haciendo visages.

—Pues si no es mas que eso, suba usted á mi casa, aquí está la llave; mi despensa está bien provista, coma usted lo que quiera y no mueva querella con la Sabandija; exclamó Jacinta dejándole la llave de su casa; si viene mi hijo y yo no estoy aquí, dele tambien algun refrigerio.

—Muchas gracias!... usted es muy buena, y yo no se por qué esa pícara de mujer la quiere mal; gruñó el zapatero.

—¡Ea! ¡ea!... adios, que tenemos prisa; repuso Jacinta saliendo del portal seguida de la señora Andrea.

—A qué no sabe usted lo que me figuro? dijo Jacinta á la vieja, cuando estuvieron en la calle.

—Y qué se yo?... es con referencia á la Sabandija?...

—Justamente. Recuerda usted la conversacion que tu-

vimos anoche; pues apostaría cualquier cosa á que está corriendo todas las iglesias de Madrid, para buscar en ellas á Dalmacia.

—No diga usted mas; eso la tiene entretenida y se olvida de su marido y su casa.

—Sí es mucho temperamento el de esta mujer. Ella es habladora y entrometida, chismosa sin segundo; pero en tratándose de ganar un duro la tiene usted rodando de dia y de noche, sin arredrarle nada.

Conoció que con el jorobado habia dado un golpe en vago, poniéndose en mal con el señorito Aurelio, y por conseguir rehabilitarse es capaz de todo.

—Ah! no necesitamos mas que á ella; ya nos encontrará á la pobre niña.

—Y vaya si lo hace exclamó la señora Andrea.

En esta conversacion entretenidas llegaron á casa de don Toribio Sanguijuela.

Varios municipales habia en el portal, lo que no sorprendió á las dos mujeres porque la agitacion del pueblo continuaba, y habia muchos grupos de hombres por las calles.

Las tropas sublevadas se habian replegado á Vicálvaro, y la reina habia vuelto de San Ildefonso precipitadamente, entrando de noche en Madrid, y en medio de la mayor alarma.

Preguntaron á una mujer que salió de la casa, si vivia allí don Toribio y las contestó:

—Aquí vive, en el cuarto principal; en el bajo tiene el establecimiento; pero vean ustedes un cartelón en la puerta, anunciando que no hay despacho.

—Nosotras queríamos ver á su mujer.

—Pues, suban ustedes, sola está; precisamente acabo de verla, porque don Toribio está fuera de Madrid.

La mujer se marchó y las dos vecinas subieron, no sin esclamar:

—Qué dicha!... la encontramos sola.

Don Toribio como comprenderán nuestros lectores no estaba ausente, sino escondido en su sótano, y los municipales estaban esperándole para prenderle, porque aparecía complicado en la causa criminal que se seguía al marqués de Nieblas.

Jacinta mas resuelta que su tímida compañera, llamó con mano firme y segura en la primera puerta que encontraron en el piso principal.

Salió á abrir una muchacha y al preguntar por su ama las hizo pasar á la sala.

Al cabo de un rato se presentó Estefanía.

La pobre jóven estaba llorosa y afligida, temiendo algun peligro, porque los municipales no abandonaban el portal y las esquinas de la calle, esperando que don Toribio llegase de fuera, ó saliera de la casa si estaba escondido, lo que desde luego sospecharon, para prenderle.

Mucho la sorprendió ver en su casa á las dos amigas, conocidas antiguas suyas; pero se mostró con ellas muy afectuosa y amable, en particular con la madre de Frasquito, que la espuso en pocas palabras ayudada de Jacinta el objeto de su visita.

Su comedimiento, su humildad que contrastaba con la anterior conducta que observara con ella, y sobre todo el ardiente amor que profesaba á su hijo, apagaron en el áni-

mo de Estefanía todo el resentimiento que pudiera tener, si guardaba alguno todavía.

La proposición le sorprendió mucho y exclamó:

—Y por qué se figuran ustedes que yo tengo influencia sobre Frasquito?... casada y en una situación delicadísima, cómo puedo exigir de él una cosa que no consigue su propia madre?...

—No se negará á una súplica de usted, estoy segura; dijo la señora Andrea, por eso hemos venido confiando en su bondad, y creyendo que había olvidado el resentimiento que pudiera guardarme por no haber consentido en su boda con mi hijo; ¡ah! y crea usted que hoy me pesa muchísimo; pero yo no podía imaginarme que mi oposición tuviera tan fatales consecuencias.

—No guardo hácia usted rencor alguno, se lo digo puesta la mano en el corazón y por complacerla haré todo cuanto esté de mi parte; no lo dude usted ni un solo momento señora Andrea.

Las lágrimas de la pobre madre corrían en abundancia; y decía llena de emoción:

—Qué será de mí!... ¡ay! yo me moriré en dos días si me veo abandonada por ese hijo que tanto quiero. No tengo más consuelo en el mundo que su cariño y ese me falta, no quiere verme, ni parece por mi casa, me culpa de su desgracia, porque verdaderamente quería á usted con todo su corazón.

Estefanía la abrazó con mucho cariño, procurando tranquilizarla, y por fin la ofreció llamar á Frasquito y hablarle aquella misma tarde.

—Crea usted la decía, que si aun me conserva algun

afecto, no podrá menos de acceder á mis súplicas, porque le hablaré al corazón. El ha sido siempre un buen hijo, y espero que esta misma noche irá á dormir á casa de usted.

—Dios la ilumine á usted; yo no puedo verle, porque huye de mí y me paso los días y las noches llorando; bien lo vé la señora Jacinta.

—Es verdad; bastante le ha pesado ya un momento de ofuscación; dijo la zapatillera.

—Pues váyanse ustedes tranquilas que yo le veré esta tarde, y si él no va á ver á usted al momento, iré yo á decirla el resultado de nuestra entrevista.

—Cuánto se lo agradeceré!... murmuró la preñada enjugándose las lágrimas.

Poco tiempo después se marcharon, habiendo recibido de la jóven mil pruebas de afecto y de confianza.

Las enseñó toda su casa, sus ropas de boda, y las manifestó bien claramente que era muy desgraciada con el viejo prestamista.

La señora Andrea y Jacinta quedaron muy satisfechas de la bondad con que las recibió Estefanía.

## CAPITULO LXXX.

### **La familia de Estefanía.**

La grave situación de don Toribio había dejado en completa libertad á Estefanía.

Además Elisa se había marchado el día anterior á Moralejo, apremiada por los repetidos llamamientos de su madre, que vieja ya y enferma consiguió del usurero que la mandase su hija desde el momento en que ya no la necesitaba por haberse casado.

Por la noche fueron á buscar á don Toribio para prenderle, y como temeroso de que esto sucediera, se negaba á todo el mundo, contestó Estefanía que se hallaba fuera de casa.

Inmediatamente el viejo avaro se encerró en su impenetrable escondite, dió todas las llaves de la casa á su mujer, y la encargó que si volvian á buscarle no tuviera inconveniente en franquear la casa para que registraran, porque él estaría oculto en un asilo seguro.

Convinieron en que le pondria todas las noches una

cestita con los alimentos necesarios para el día siguiente, sobre la mesa de su despacho, esto con la mayor reserva y sin que de ello se apercibiese la criada.

Efectivamente, apenas se escondía don Toribio, volvió la policía á buscarle y como manifestase el inspector de una manera algo brusca sus dudas sobre la ausencia del prestamista, Estefanía le invitó con la mayor dulzura á que registrase la casa.

No se hizo de rogar el inspector, pues se trataba segun noticias, de un gran criminal y le convenia echarle mano; pero ni en el piso principal, ni en el bajo le pudieron hallar.

Ya con este motivo Estefanía, que como todo el mundo ignoraba el sitio en que se habia ocultado su marido, quedó libre, por que cerró el cuarto bajo, puso antes algunos manjares, fiambres, agua y pan, sobre la mesa del despacho y murmuró para sus adentros:

—Ya tienes encerrona para días; que serán para mí de libertad.

Y se fué muy tranquila á casa de su madre, dejando sola á la criada y á los municipales de guardia. Alguno la siguió; pero pronto pudieron convencerse de que iba á visitar á su madre que estaba enferma.

Volvió á su casa ya de noche, y despues de cenar, fingió acostarse y mandó acostar á la criada, cuando la creyó dormida, bajó al despacho con su cestita de provisiones.

Los alimentos que le dejó por la mañana habian desaparecido, colocó la cesta en el mismo sitio y llena de curiosidad y aun resentida de la desconfianza de su marido que no tuvo á bien revelarla el secreto de su escondite, regis-



tró por todas partes con escrupulosidad á ver si lo encontraba.

Miró los armarios creyendo que tendrian doble fondo, recorrió las paredes y el pavimento y no hallando indicio alguno de puerta ó abertura por donde pudiera pasar un hombre renunció á su investigacion y se salió. Cerró la puerta del despacho con dos llaves, por que Don Toribio era mezquino para todo, menos para las cerraduras, y se subió arriba.

—Ahí te quedas hasta mañana, viejo desconfiado!... exclamó la jóven con énfasis.

Al siguiente dia recibió la visita de la Sra. Andrea y de Jacinta, y fiel á su promesa se marchó por la tarde á casa de su madre con la esperanza de ver á Frasquito.

La pobre anciana estaba mejor, los buenos alimentos que la mandaba la figonera, que creia debidos á su hija, y la satisfaccion que experimentaba, la mejoraron notablemente.

Tanto que Estefanía la encontró levantada.

La casa estaba aseada y limpia y los niños muy alegres jugando con algunos muñecos que les habia llevado Frasquito el dia anterior.

En cuanto vieron á su hermana se abrazaron á ella dando gritos y palmadas que demostraban su regocijo.

—¡Vaya!... vaya!... qué locuras son estas?... les decia la jóven con tono medio regañon y cariñoso.

—Hermana!... hemos comido chuletas y fruta, esclamaba el mayor.

—Y Frasquito nos ha traído juguetes; mira que bonitos!... balbuceaba el mas pequeño enseñándoselos.

—Tambien tenemos unos vestidos muy lucidos que nos has enviado tú; míralos, nos los hemos puesto para cuando vinieras, dijo otro de los niños.

—Yo nó!... exclamó sorprendida la jóven.

—Vaya!... como que no; ha venido un mozo á traerlo de parte tuya, y un vestido para mamá y un manton, por que se quejaba de frio cuando le daba la calentura.

—Y la portera sube todos los dias de parte tuya dos ó tres veces, limpia, hace las camas y asiste á mamá que afortunadamente se va poniendo buena.

Estefanía comprendió al momento que todo aquello era obsequio de Frasquito, que en su estremada delicadeza tomaba su nombre para hacerlos.

Es verdad que de otro modo hubieran sido quizá rechazados por la madre.

Estefanía llena de gratitud entró en el cuarto donde su madre se hallaba sentada en un sillón junto al balconcillo del tejado.

—Tambien Frasquito se llevó ayer á componer el sillón de mamá que estaba inservible y le ha mandado esta mañana nuevo para que pudiera sentarse cuando se levantara, la dijo el niño mayor enseñándosele.

—Hija mia!... exclamó la anciana abrazando á su hija con viva ternura.

—Ah! querida mamá!... murmuró la jóven, qué feliz soy en ver á V. alegre y tan mejorada.

—Lo debo á tus cuidados y atenciones; yo te doy gracias, hija mia, y deseo que seas muy feliz; pero estás triste?... qué tienes?...

—Nada lo mismo que ayer, ya dije á V. que buscaban

á Don Toribio para prenderle, y tenemos guardia permanente; no se apartan los municipales de la puerta y hasta creo que me han seguido.

—¡Válgame Dios! nunca nos han de faltar disgustos.

—Por fortuna la revolucion está para estallar, y en esta confusion, podrá Don Toribio escaparse al extranjero; por que segun me han dicho su delito es grave, pues aparece complicado en una causa criminal que se sigue al marqués de Nieblas.

—Sí, segun dijo anoche Frasquito, pronto tendremos barricadas.

—Y diga V. querida mamá, veremos esta noche por aquí á Frasquito?..... ha quedado en venir?..... dijo Estefanía.

—Sí, me ofreció venir al anocheecer; pero qué enfadado está con su madre!...

—Por eso quiero verle; hoy no es mas que un hermano para mi, porque yo no he de faltar á mis deberes, y deseo ante todo verle reconciliado con su madre.

La infeliz ha ido á verme, llorando, llena de pesar por su desvío, y atribulada con la idea de que se marcha á América.

—Aquí no ha dicho nada de eso.

—Es preciso que cese ese disgusto, ha sido siempre un buen hijo, por mi causa se ha enfadado con su madre y yo debo unirlos, V. me ayudará, madre mia.

—Ah! sí, no dudes que lo conseguiremos: si es tan bueno!... tiene un corazon tan generoso. Cuánto siento que no te hayas casado con él, yo le queria con toda mi alma.

—Ya no tiene remedio!... resignémonos á la voluntad

de Dios; exclamó Estefanía, sin poder reprimir un movimiento de involuntaria tristeza.

Grandes chillidos y un alborozo inusitado se escuchó de pronto en la pieza donde estaban los niños.

—Pero qué pasa?... esas criaturas están locas! exclamó la madre.

La puerta se abrió y apareció Frasquito rodeado de los niños que le recibieron con ruidosa alegría.

## CAPITULO LXXXI.

### Promesa de Frasquito.

No hay nada mas contagioso que la alegría; la madre y la hija sonrieron tambien llenas de gozo al ver la entrada triunfal del jóven ebanista.

Frasquito despues de saludarlas fué á sentarse en una silla al lado de la anciana y frente por frente de Estefanía.

Los niños le rodearon, subiéndosele el uno á las rodillas, el otro por las espaldas y el mas pequeño registrándole los bolsillos para buscar las golosinas que les llevaba.

De poco servian las amonestaciones de la mamá y la hermana, no hacian caso de nada y siguieron imperturbables en su tarea abrumándole á besos y caricias, hasta que les dió un cartucho de caramelos y entonces se marcharon corriendo á repartirsele en la pieza inmediata y á continuar sus juegos.

—Y cómo estamos de sublevacion?... parece que no hay tanto movimiento por esta calle; dijo la anciana á Frasquito.

—Está en calma la tempestad; pero ya estallará; la

reina ha pasado revista á las tropas en el Prado, y se han repartido impresos del gobierno condenando el crimen de O'Donnell y demas sublevados; siguen los polacos parape-tándose tras el trono, y milagro será si no consiguen vol-carle: pero el pueblo de Madrid ama á su reina y es una lástima verla fascinada por esa gente.

—Y qué hacen los sublevados?... preguntó Estefanía.

—Se han replegado hácia Vicálvaro y van aumentando en número considerablemente. Llevan con ellos siete ge-nerales.

Algunas tropas fieles al gobierno han salido en su per-secucion; pero han vuelto derrotados siendo la irrision del pueblo, apesar de que se presentan como victoriosos, y los ciegos van pregonando la *gran batalla que ha ganado el go-bierno*.

En tanto el pueblo calla porque no tiene armas; pero no tardará en levantarse para conquistar su libertad.

—Y á todo esto como se encuentra usted?... parece que la veo hoy muy animada; dijo Frasquito á la anciana va-riando de conversacion.

—Mucho mejor; yo solo necesitaba para mis dolencias el bálsamo del cariño y lo encuentro en usted y en mi hija, ¿qué mas puedo desear?...

—Y tú Estefanía qué tienes?... te veo pálida...

—Algunos disgustos que son inevitables en la vida; contestó la jóven suspirando.

—Te ha maltratado tu marido?... preguntó con exalta-cion Frasquito relampagueando de ira sus ojos.

—Ah! nó; pero han ido á prenderle, y se ha tenido que esconder yo no sé dónde; de manera que estoy sola, por

eso me ves aquí al parecer tranquila, aunque llena de inquietud, ignorando la suerte que nos espera.

—Tú nada tienes que temer; si me necesitas, envíame á llamar; mi taller está bien cerca de tu calle y yo tengo muchos amigos para poder defender tu casa si el dia de la sublevacion hubiese algunas turbas que quisieran atacarla; no te apure, pues, que prendan á don Toribio que bien merecido lo tiene.

—En cuanto á eso yo te lo agradezco y no olvidaré tu ofrecimiento, y en caso de apuro ¿á quién acudiria si no á tí?... ¡No tengo mas amigo en el mundo!... dijo la jóven con voz conmovida, y luego fijando en su antiguo amante una mirada dulcísima y serena, continuó diciendo; ahora necesito de tí otra cosa, lo he prometido y no creo que me hagas quedar mal.

—Si está en mi mano...

—Está en tu voluntad; repuso Estefanía.

—Cuenta, pues, con ello.

—Me das tu palabra; insistió la jóven.

—Te la doy, porque no creo que exijas de mí una cosa que ofenda mi dignidad.

—Es bien sencilla; se trata de una reconciliacion con tu madre. La infeliz ha estado en mi casa llorando por tu ingratitud y pidiéndome por Dios que influya contigo para que no la abandones.

—Ella en tu casa?... ¿y se ha humillado hasta ese punto, despues de insultarte mil veces y de habernos hecho desgraciados?... parece imposible en su carácter dominante y altanero.

—No hay nada mas cierto.

—Esos son milagros del amor maternal; dijo la enferma; por el cariño de un hijo hacemos todos los sacrificios imaginables y bien merece de parte de usted alguna consideracion.

—La he prometido que no te irás á América; dijo Estefanía.

Frasquito la contestó con una sonrisa, como diciéndola:

—Eso ya te lo tenia yo prometido.

—Y además la he dicho que irias esta noche á dormir allí como siempre, y que seguirás siendo para ella el hijo cariñoso y tierno.

—De modo que será preciso cumplir lo que tú ofreces?... preguntó Frasquito, que tenia buen corazon y deseaba ya verdaderamente abrazar á su madre.

—No hay mas remedio, ó perder mi amistad.

—Y la mia, añadió la enferma; seria imperdonable una dureza semejante en el que ha sido siempre modelo de buenos hijos.

—Iré pues, esta noche y la diré que te lo debe á tí, y esta es la verdad.

—Mil gracias!... no te puedes imaginar, querido Frasquito el placer que tengo con llevar á la pobre madre ese consuelo; se volverá loca de alegría. Desde aquí me voy á su casa, la devolveré su visita anunciándola la dichosa nueva, exclamó la jóven llena de alegría.

—Díla que iré sobre las nueve á cenar con ella, y ahora dejo á ustedes porque tenemos una reunion de amigos en casa de mi maestro y me esperan.

Frasquito se levantó para marcharse; pero aun la anciana y su hija que tanto le querian tuvieron algunas



preguntas que hacerle, ávidas de disfrutar un momento mas su agradable compañía.

Era Frasquito uno de esos hombres simpáticos á primera vista, que se insinuan sin saber cómo y se introducen en el corazon con poquisimos esfuerzos.

Tenia bellísimos sentimientos y era su conversacion tan grata y amena que costaba trabajo separarse de su lado, y cuando se ausentaba se le recordaba siempre con gusto.

A poco salió, y la madre y la hija sintieron reproducirse la algazara de los niños que le despedian con exclamaciones de cariño, y con fuertes abrazos y ruidosos besos.

—Ah! qué bueno!... ¡qué bueno es!... exclamó la anciana; mira como le despiden los niños; con qué alegría!...

— El se hace simpático para todos, lo mismo le quieren los niños, que los jóvenes, que los viejos; su admirable carácter y su bellissimo corazon le hacen dueño de todas las voluntades; dijo Estefanía con honda tristeza sin evitar el que cruzase por su mente la idea amarguísima por cierto de la gran diferencia que habia entre él y su vetusto marido.

Se quedó algunos instantes profundamente pensativa. Sin duda su madre adivinó la causa de su pesar, porque tambien habia hecho entre sí aquella comparacion y mirando á su hija con tristeza no quiso decirla una palabra, ni volvió á nombrar á Frasquito.

Estefanía lanzando un hondo suspiro, se levantó, tomó el manto que habia dejado sobre una mesa y se le puso delante del espejo.

—Ya te vás, hija mia?... la preguntó su madre.

—Me necesita usted?...

—Nó; pero siempre me es grata tu compañía; dijo la anciana con cariñoso acento.

—Mi mayor deseo seria tener á usted á mi lado; pero no puede ser por ahora; á ver como quedamos de esta crisis funesta y luego determinaremos; yo no puedo vivir sin usted y sin mis hermanos. ¿Pero y de padre que se sabe?...

—Ni una palabra hija mia; no ha vuelto por casa desde la noche de tu boda; hay que dejarle como cosa perdida; exclamó la infeliz mujer con un profundo suspiro.

—Adios, madre mia, hasta mañana, exclamó la jóven abrazándola y siendo correspondida con la mas tierna efusion.

Poco despues Estefanía caminaba muy despacio y siempre pensativa desde la calle de Toledo á la del Duque de Alba.

## CAPITULO LXXXII.

### Feliz encuentro.

Cuando la señora Andrea y Jacinta llegaron á su casa despues de su visita á Estefanía, sintieron á su espalda unos gritos estraños, jubilosos, y una mujer delirante de alegría, que abrazándose á Jacinta exclamaba:

—¡Ya la encontré!... ¡ya la encontré!... ¡hija de mis entrañas!... ¡y yo que tantas veces de pequeñita la llevaba á la maestra!...

—Pero qué es esto!... se ha vuelto usted loca?... la dijo Jacinta volviéndose hácia ella y mirándola fijamente.

—¡Tia Sabandija!... ¿qué espantos son esos?... ¿y la paliza que la tenia preparada el tio Judas?... añadió la señora Andrea.

—Qué me ha de dar paliza!... si ha bailado conmigo de alegría!... Ya la encontré!... ya sé dónde vive Dalmacia!... pobrecilla!... y qué pálida ésta! pero me ha dado un abrazo para usted, señora Jacinta!

—Ay! será cierto?... ha podido usted encontrarla?...

—Ya lo creo; la he visto y la he hablado.

—Venga usted, venga usted á mi cuarto; que si es verdad tan venturosa nueva la voy á dar cien abrazos, exclamó Jacinta, arrastrando tras sí á la Sabandija, que iba diciéndolo:

—Lo que yo necesito es un pedazo de pan, porque estoy en ayunas todavía y me muero de hambre; ya que le ha dado usted de almorzar á mi marido, haga el favor de darme á mí tambien.

—Ea! señora Jacinta, hasta luego, y muchas gracias; voy á quitarme esta ropa y por hoy no salgo de casa; quiero esperar noticias de mi Frasquito; dijo la señora Andrea, despidiéndose de la zapatillera.

—Ojalá sean muy satisfactorias! la contestó ésta.

—Dios la oiga á usted; repuso la prendera entrando en su cuarto.

Jacinta entró en el suyo, y detrás la Sabandija.

—Vamos, vamos, cuénteme usted cómo ha sido eso.

—Deme usted primero un pedazo de pan.

—Nó, nó; venga usted á la cocina, y mientras habla la haré un ligero almuerzo, una chuleta, unos huevos, cualquier cosa.

—Con muchísimo gusto; y se lo agradeceré á usted con toda mi alma, señora Jacinta; porque hace muchos años que en mi estómago no acostumbran á hospedarse tan ricos manjares.

—Y que he traído esta mañana por si volvía mi Roque, unas chuletitas de cordero, que dicen comedme; en dos minutos asaré para usted un par de ellas; vengan las parrillas.

Jacinta tiró el manto sobre una mesa, y se puso á ha-

cer el almuerzo, mientras la Sabandija apoyándose de brazos en el fogon, esperaba con ansia que las chuletas estuviesen asadas, y la decia:

—Mire usted, señora Jacinta; yo quiero darle la noticia al señorito Aurelio: ¡tendrá un placer tan grande!... Si es tan guapo!... tan amable!... y manifestaba un dolor tan profundo cuando me preguntaba por la señorita, que me conmovió, y crea usted que desde aquel dia yo no he tenido momento de sosiego.

—Eso es imposible, porque el señorito Aurelio no está en Madrid; pero iremos á casa de su madre la señora marquesa, y recompensará debidamente el servicio que acaba usted de hacerle, encontrando á esa señorita que es parienta suya y la quiere como hija.

—Qué dicha para mí!... pero cuánto me ha costado!... desde el amanecer corriendo iglesia por iglesia; yo decia, ella ha de venir á misa, y no ha ido; me engañé en este cálculo; pero no en otro que me ocurrió sin saber cómo.

—Ay! tengo ya una curiosidad por saber esos detalles! repuso Jacinta.

—Y yo unos deseos de comerme esas chuletas! ay! qué olor tan delicado!... Déme usted una por Dios!... aquí sobre un pedazo de pan.

—Pero mujer, si están echando sangre; espérese usted un poco.

—No tengo paciencia para esperar.

Y la hambrienta Sabandija sacaba con los dedos la chuleta de la lumbre.

—Jesus!... parece que no ha comido V. hace un año: esclamaba Jacinta contemplando cómo devoraba la chule-

ta, chupándose los dedos despues y volviendo los ojos hácia el fuego como pidiendo otra.

Jacinta se la dió, y puso dos mas en las parrillas, á fin de que la pobre mujer quedara completamente satisfecha.

Mientras las apetitosas chuletas estuvieron entre sus dedos no pudo decirme palabra; las devoró al fin y pidió un poco de vino.

Jacinta alcanzó una botella que tenia guardada para su marido, y llenando un vaso se le presentó.

La Sabandija le consumió de un trago, y fué á sentarse muy satisfecha en un sofá que habia en la pieza de labor.

—Ya nó quiere usted mas? la preguntó Jacinta.

—Nó, señora; muchas gracias; venga usted ahora y le contaré todo lo ocurrido con la señorita Dalmacia.

Jacinta como mujer arreglada y hacendosa, dejó en órden su lumbre y sus pucheros, y fué á sentarse junto á la portera.

—Vamos, ya puede usted empezar, la dijo.

—Sí señora, es muy justo; usted ha satisfecho mi hambre y yo debo satisfacer su curiosidad.

—Con qué no estaba en misa? preguntó Jacinta.

—Nó, señora; inútilmente recorrí todas las iglesias; eran ya mas de las doce de la mañana, y cansadísima, llena de necesidad y sin poder sostenerme en pié, pensaba venirme á casa, cuando al pasar por la calle de Toledo veo en un balcon la muestra del colegio á donde yo llevaba todos los dias á la señorita cuando era niña, por encargo de la señora Rosa.

El corazón me dió un vuelco, y de repente me ocurre la idea de si estaría allí.

—Y estaba?

—Justamente!...

—Qué corazónada!... prosiga usted.

—Me paro embobada mirando fijamente al balcón, sin poder apartarme de allí; parecía que me habían clavado en el suelo.

A poco veo que empiezan á salir niñas; los cristales del balcón se abren y se presenta una jóven. Era Dalmacia.

Lancé un grito estrepitoso de alegría, y como una loca atravesé la calle y eché á correr las escaleras arriba.

Dalmacia, que me conoció enseguida, salió á la puerta y se abrazó á mí llorando.

¿A qué no sabe usted por quién me preguntó?

—¿Por el señorito Aurelio?

—Justamente; de la señora Rosa ni me ha dicho una palabra. La dije cuánto había pasado, que tenía una familia que la buscaba con afán, y que el señorito Aurelio estaba loco por ella, que fueron á la quinta y no la encontraron, en fin, la conté todo cuanto yo sabía y usted me ha dicho.

Lloraba la pobrecilla que daba lástima, y se quejó de que había estado muy enferma y continuaba delicada de salud.

Quise que se viniera conmigo y se negó, diciéndome que ya que ustedes se interesaban por ella y eran amigos del señorito Aurelio, que les anunciara su encuentro, y les dijese que la profesora del colegio la protege y la quiere como á una hija, y que de su casa solo saldrá para ir á la de su verdadera madre ó á la de su marido.

Luego me despidió abrazándome, y encargándome que abrazase á usted en su nombre y que diera mil recuerdos suyos al señorito Aurelio.

He cumplido mi comision con respecto á usted y ahora me falta cumplirla con el señorito.

—Ya he dicho á usted que no se halla en Madrid; pero vamos á casa de la marquesa; usted me acompañará y lo pondremos en su conocimiento.

—Cuando usted guste; contestó la Sabandija.

—Enseguida: voy á comer, y antes de media hora bajaré á buscarla.

—Entonces voy á vestirme un poco mas decente, porque no es cosa de presentarse así delante de una señora de tan alto rango.

—Ya la conoce usted; es la que ha venido muchas veces buscando al señorito.

—¡Sí! ¡cuánto me alegro!... ¡si es una señora tan buena!...

—Y tan generosa!... no es verdad? añadió Jacinta con cierta ironía.

—Ya lo creo!... contestó la portera recordando las monedas de oro que la habia regalado.



## CAPITULO LXXXIII.

### **Carta fatal.**

La marquesa hizo acostar á Rosa en una habitacion de su casa, donde podia cuidarla con mas libertad.

Estando Jaime ya preso, Tula, esclava antes, no tenia ya necesidad de ocultarse, recobrando por completo su libertad.

Hizo que se trasladase tambien Jimena junto á Rosa y dejaron aquella casa que una vez concluida la farsa que dió por resultado la perdicion del marqués, para nada la necesitaban.

El resultado de la causa no era dudoso, y cesaron las inquietudes que tanto la hicieron sufrir durante su funesto segundo matrimonio; pero la revolucion batia sus sangrientas alas sobre la cabeza de su adorado esposo y de su hijo, y esto la tenia, agitada, intranquila y llena de angustiosos temores.

Cuando las tropas volvieron en vergonzosa huida proclamándose vencedores, que la Reina pasó revista á las tropas y se mandó iluminar la poblacion como si se hu-

biera conseguido una gran victoria, la pobre Tula se acongojó en extremo; pero una carta de Leon la tranquiliza haciéndola conocer la farsa del gobierno que se valia de aquellos medios para sostenerse unos dias mas y contener la impetuosidad del pueblo próximo á arrojarle á la calle para secundar el movimiento de las tropas.

Rosa estuvo veinticuatro horas con una fiebre horrosa, sin recobrar su razon.

Jimena, que no se apartaba de su lado y la marquesa, llegaron á temer que perdiera el juicio en aquella crisis tremenda.

En pocos dias habia sufrido su corazon terribles golpes y era muy de temer algun trastorno funesto en su salud.

Hallándose la marquesa junto á la enferma, la anunciaron que Octavio deseaba hablarla.

Jimena la miró con ansiedad y exclamó vivamente:

—Ah! señora marquesa!... él podria salvarla; el cariño de su hijo seria un bálsamo bendito para sus heridas.

—Es verdad!... lo intentaré; contestó la marquesa saliendo del dormitorio.

Octavio estaba de muy mal talante, con un humor de todos los diablos.

Desde la borrascosa entrevista que tuvo con Aurelio en casa del Curro, no habia visto á la marquesa, comió con los amigos y apenas durmió en casa alguna que otra noche.

Sentia una zozobra inmensa por el descubrimiento de aquella madre cigarrera, capitana de bandidos y condenada á galeras.

Como siempre nos resistimos á creer aquello que nos

conviene, Octavio no daba ostensiblemente crédito á la estúpida noticia, pero en su interior le mortificaba siéndole imposible darlo al olvido.

Muchas veces estuvo con la palabra en la boca para abordar la cuestion y preguntárselo á su padre; pero el orgullo satánico que era en él una cualidad dominante le detenía; era preferible la duda que mortifica; pero que aun deja la esperanza á una certidumbre honrosa.

Avido de calmar la inquietud de su alma se entregó á las diversiones y á los placeres, olvidándose pronto de Rosa y de Dalmacia.

El día que prendieron á su padre habia pasado la noche con sus amigos y fué á su casa casi al amanecer.

Tomó chocolate y se acostó; serian las siete de la mañana.

A la una le despertaron segun su costumbre para llevarle el almuerzo, y le dijo el ayuda de cámara:

—El señor marqués se marcha al extranjero esta noche y ha preguntado varias veces si estaba V. levantado, encargándonos mucho que le espere V. que volverá á despedirse.

Esta noticia hizo muy mal efecto en Octavio que exclamó frunciendo el ceño:

—Se marcha mi padre?...

Y se quedó profundamente pensativo.

El ayuda de cámara que le servia desde niño, que tenia mucha confianza con él, le manifestó al ver su estrañeza que quizá fueran origen de aquel viaje precipitado los acontecimientos políticos.

Esta advertencia hizo pensar á Octavio en la situacion de su padre con el gobierno, sus opiniones políticas emi-

nementemente retrógradas y el carácter avanzado que representaban los primeros síntomas de la revolución.

Decidido á esperar á su padre segun le habia mandado se estuvo en la cama hasta las tres.

A esta hora perdió ya la paciencia y se levantó.

—No ha venido mi padre?... preguntó con malos modos al ayuda de cámara que habia entrado á vestirle.

—No señor; y el equipaje ya se le han llevado.

—Ya me canso de esperar; y cree V. que partirá esta noche?...

—Paréceme señorito, que debe marchar cuando ha ido ya por delante el equipaje.

—¡Voto al chápiro!... y no saber yo ni una palabra!... Pues vaya una tarde divertida que voy á tener esperándole y luego que no venga.

—Aunque no sea mas que cinco minutos yo supongo que vendrá á despedirse de usted y de la señora marquesa.

—No ha subido arriba?...

—No lo sabemos, señorito; contestó el criado.

—Está bien, déjeme usted.

Octavio se afeitó, se perfiló como una dama y se vistió elegantemente, en lo que invirtió un par de horas, sentándose despues, ya completamente aburrido en un sofá con un junquillo en la mano y los guantes en otra, dispuesto á marcharse si no llegaba pronto.

Dos golpecitos dados con discrecion en la puerta de su gabinete le anunciaron á su ayuda de cámara que nunca se atrevia á entrar sin su permiso.

—Adelante, adelante; dijo el jóven levantándose con impaciencia.

—Acaban de traer esta carta para usted; repuso el ayuda de cámara presentándosela en una bandeja de plata.

—De mi padre!... murmuró Octavio reconociendo la letra y rompiendo el sobre con ansiedad.

El contenido era este:

«Hijo mio: voy á comunicarte una gran desgracia; se me sigue una causa criminal; estoy en la cárcel desde donde te escribo, sin esperanza de volverte á ver en mi vida.

»En cuanto recibas esta márchate á nuestras posesiones de Huesca. La casa que habitas no me pertenece; es de la marquesa viuda del Cinca y debes dejarla inmediatamente.

»Tengo un pesar al confesarte que Tula no es tu madre, por el dolor que ha de causarte la noticia; pero es ya indispensable que lo sepas. Tu madre es Rosa Torrente, ámala, porque ha sufrido mucho y merece tu cariño.

»No pretendas hacer nada en obsequio mio, porque tus esfuerzos serán inútiles; recomiéndame solamente á la piedad de la que ha pasado por mi esposa y es todo cuanto puedes hacer por tu desgraciado padre.—EL MARQUÉS DE NIEBLAS.»

Como herido de un rayo quedó Octavio con la lectura de esta carta.

Sintió que la sangre se agolpaba á su cabeza y tuvo que sentarse para no caer sin sentido sobre el pavimento.

Largo rato pasó en situacion angustiosísima; con los ojos fijos en la carta; trémulo, descolorido, sin aliento y sin accion.

El golpe fué tan terrible que creyó volverse loco.

¡Cuándo todo su orgullo lo fundaba en el crédito y poderío de la opulenta casa del Cinca!...

¡Y Tula no era su madre!...

Pasaron los primeros momentos de estupor y las ideas acudieron á su turbada mente.

Ya pudo reflexionar, y recobrando su presencia de ánimo se levantó, dió unos cuantos paseos por el gabinete para restablecer la circulacion de la sangre y al cabo de un rato murmuró:

—Yo necesito conocer á fondo estos misterios.

Tomó el sombrero y subiendo á la habitacion de la marquesa se hizo anunciar como si fuera la persona mas estraña.

## CAPITULO LXXXIV.

### Despedida.

De pié en el centro del gabinete con la mano apoyada en un velador de piedra, en la izquierda el sombrero y en actitud de profundo abatimiento esperaba Octavio á la marquesa.

Tula se presentó en el gabinete y á primera vista conoció que el dolor, abatía las facciones del jóven.

—Siéntate, hijo mio; exclamó con su afabilidad de siempre; parece que estás de todo cumplido con el sombrero en la mano y ese aire de etiqueta.

—Perdone usted señora marquesa, dijo Octavio soltando el sombrero y el baston sobre el velador y aceptando el asiento en el sofá que le ofrecía la marquesa; pero acabo de saber con vivo dolor de mi alma que no tengo la dicha de ser hijo de usted...

Aquí ahogado por el dolor y la emocion se detuvo Octavio sin poder continuar.

Hondos sollozos salian de su pecho y tuvo que ponerse

el pañuelo en la cara y apoyarse en el pecho de la marquesa que vivamente conmovida, le abrió los brazos con el mayor afecto.

—Siempre seré para tí, una madre cariñosa; le dijo con voz conmovida.

—Gracias!... señora!... ¡muchas gracias!... balbuceó sin poder apenas espresarse.

—Crea usted que he tenido un vivo sentimiento al verme obligada á proceder severamente contra su padre; pero él lo ha querido... nos ha hecho desgraciados á tres personas durante diez y seis años, y hoy debe sufrir el castigo de su crueldad.

—Yo quisiera enterarme á fondo de esos misterios; mi padre nunca me ha dicho nada... comprendo que debe ser cosa grave, porque hoy me escribe desde la cárcel encargándome que me marche á nuestras posesiones de Huesca, y que no intente hacer nada por él, porque será inútil.

—Completamente inútil; tiene lo menos doce años de presidio.

—Y me encarga que le recomiende á la piedad de usted.

—La ha tenido él de nosotros?...

—Y no podría yo saber quiénes son las otras personas que han acompañado á usted en su desgracia?...

—Mi marido y mi hijo. Yo estaba casada con un capitán de coraceros, y su padre de usted le hirió en la batalla de Huesca el año treinta y siete, dejándole por muerto, y arrancándole todos los papeles, y robando el archivo del regimiento para que no pudiera nunca probarse nuestro matrimonio; me obligó á seguirle á Francia donde se valió de engaños para casarse conmigo, viviendo aun mi primer



marido. Yo le creía muerto, y nuestro matrimonio efectuado clandestinamente dejaba sin nombre á mi hijo; por legitimarle me casé con él; yo te acepté á tí y él aceptó el mio y la niña de mi hermana que estaba en el mismo caso que yo.

Entonces abandonó á tu pobre madre por casarse conmigo, y disfrutar los inmensos bienes de mi casa que ha estado manejando hasta hoy, y que segun noticias están bastante mermados y no tendrá bastante con todos los suyos para responder del desfalco que aparece.

—Ah! qué porvenir me espera!... murmuró Octavio comprendiendo por este simple relato la intensidad de su desgracia.

—Los documentos necesarios para la validez del primer matrimonio y la nulidad del segundo, no he podido recobrarlos hasta ahora y nuestra vida ha sido un tormento continuado.

Mi hijo es Aurelio con quien has querido batirte, que me le robó tu padre y ha estado perdido para mí catorce años.

—Aurelio!... ¡mi rival!... murmuró Octavio palideciendo porque odiaba mortalmente al jóven y con esto se duplicaba su ódio.

—Sí, tu rival; porque ama á la niña que has conocido por Dalmacia en casa de tu madre Rosa Torrente, y es la hija de mi hermana que tu padre adoptó con el mio cuando nos casamos.

—Pues como estaba en poder de la Cigarrera?... exclamó Octavio con cierto desprecio desdeñándose de llamarla madre.

—Porque la creyó hija de Jaime y la robó de mi casa con la idea de cangearla un dia por tí, á quien ha profesado siempre una adoracion ciega; dijo la marquesa con intencion.

—Y bonito porvenir me hubiera ofrecido, ¿acaso me reservaba un puesto entre sus bandidos?... exclamó Octavio con una sonrisa tan despreciativa que heló la sangre en el corazon de la marquesa.

Comprendió que eran ilusorias sus esperanzas de unirle á su madre y replicó:

—Quizá la debas, hijo mio, mas que á tu padre que solo te lega la deshonra y la miseria.

—Usted le ódia señora; murmuró el jóven.

—No lo creas; ya no le ódio; desde que no puede hacerme daño y sufre el castigo que tan merecido tiene, le compadezco con toda mi alma.

—Su intencion ha sido elevarme y yo le perdonaré todos mis males, amándole siempre y respetándole aun cuando arrastre el grillete del presidiario.

—Y tu madre nada merece de tí?...

—Mientras mi padre se hacia criminal por elevarme, ella me deshonraba uniéndose á bandidos y asesinos para que la condenasen á un presidio y haciéndose luego Cigarrera capitaneando en sus motines á esas mujeres las mas inmundas de Madrid.

—¡Desdichada!... ha sido no criminal sino infeliz toda su vida por causa de tu padre, y ahora la crueldad del hijo la hundirá en la tumba antes de tiempo.

Octavio se encogió de hombros.

En aquella alma endurecida por el vicio estaban en

mayoría los malos sentimientos, los buenos aparecían como ráfagas ligeras, disipándose pronto y á la menor sombra que se opusiera.

Bastó para que prevaleciesen sus perversos instintos la noticia del completo triunfo de su rival para que olvidándose de su situacion presente, de la desgracia de su padre y de cuantos males le amenazaban, solo pensase en que Aurelio iba á ocupar legítimamente su puesto y se casaría con Dalmacia.

Esta idea le ahogaba; le volvía loco...

Sus facciones adquirieron una torva expresion que daba miedo.

La envidia, el ódio, la soberbia, se retrataban en su rostro y los colores de la grana impulsados por la ira que fermentaba en su alma le enrojecían, chispeaban sus ojos, y sintió vértigos.

—Te pones malo?... le preguntó la marquesa con interés.

—No me siento bien; permítame usted señora retirarme y sírvase darme sus órdenes, porque aun cuando mi padre me manda ir á Huesca, creo que si sus bienes han de pasar á poder de usted no me quedará donde refugiarme.

—Puedes irte tranquilo á Huesca y dispon de todo lo concerniente al marqués de Nieblas; haré si es posible que no se le pidan cuentas á tu padre de la administracion de mis bienes, y esto será en obsequio á tu pobre madre á quien se lo debes agradecer.

La misma sonrisa irónica y amarga apareció en el pálido rostro del jorobado, y no contestó una palabra.

Sin duda pensaba en su interior que cuando la mar-

quesa la quería tanto, mucha parte tendría en la pérdida del marqués y quizá ella misma habría entregado los documentos para que le prendieran.

Seco, erguido, sin una palabra de gratitud ni de afecto hacia Tula que le había servido de madre y le amaba aun, se dirigió hacia la puerta.

—Te vas?... yo quisiera de ti un favor; exclamó la marquesa.

—Estoy á sus órdenes; contestó inclinándose.

—Tu madre está muy enferma; tu cariño la puede salvar, ¿quieres verla?...

—No, señora; pídame usted mi alma y mi vida, pero no me pida cariño para la mujer que me deshonra y ha contribuido á la perdición de mi padre, exclamó Aurelio, y haciendo una profunda cortesía desapareció.

La marquesa pálida é inmóvil le miró marchar sin atreverse á detenerle.

## CAPITULO LXXXV.

### Noticia satisfactoria.

La marquesa creyó desde luego que Octavio estaba enterado de la parte que habia tenido Rosa en la farsa que dió por resultado la prision de Jaime, y de aquí procedia su repulsion hácia ella.

Le vió marchar irritadísimo y no se atrevió á retenerle y en realidad la ira del jorobado era ocasionada por la envidia y por su profundo rencor hácia Aurelio.

La marquesa le aconsejó marcharse á Huesca, para que su hijo sin obstáculos tomara entera posesion de la casa de sus padres y este fué su mayor motivo de irritacion.

Por otra parte en la situacion en que se hallaba no podia ya presentarse á sus aristócratas amigos, ni seria recibido por las dignísimas familias que formaban las numerosas relaciones de la marquesa, entre las que cundia con rapidez y se comentaba de un modo poco favorable al marqués la ruidosa aventura.

Desesperado, aburrido y sin valor para salir á la calle,

se encerró en su cuarto y empezó á hacer sus preparativos de viaje decidido á meterse en sus posesiones de Huesca, desde donde esperaria nuevos acontecimientos que le tomaran otra vez al mundo elegante que era su centro, era la mas legítima aspiracion de su orgulloso temperamento.

● Corazon vacío de todo sentimiento noble, cabeza llena de humo, solo la vanidad le alhagaba y una sed insaciable de riquezas mortificábale de continuo.

Con honda pena quedó la marquesa; le dolia mucho la situacion del pobre jóven de quien se lastimaba apesar de que tenia muy conocidos sus perversos instintos.

Pero aun mayor compasion le inspiraba Rosa, esta infeliz mujer, sola en el mundo sin un afecto legítimo y duradero que cicatrizase las llagas de su alma.

Al siguiente dia de la entrevista con Octavio anunciaron á la marquesa una visita que no por lo modesta se desdenó la noble dama de recibirla.

Eran Jacinta y la Sabandija.

Las dos pobres mujeres no habian atravesado jamás salones de tanto lujo, y conforme la doncella las iba conduciendo hácia el gabinete de la marquesa se detenian á admirar las maravillas del decorado, los santuosos frescos de los techos y los riquísimos muebles de diferente color en cada pieza que llamaban poderosamente su atencion.

El gabinete de confianza donde las dejó la doncella para ir á prevenir á su señora, era un eden, lleno por todas partes de preciosidades y de objetos de buen gusto y de esquisita elegancia, que las infelices mujeres no habian podido nunca ni imaginárselos en sueños.

—Ah! ni en palacio debe haber tanto lujo; verdad se-

ñora Jacinta?... decia la Sabandija en voz baja á su compañera.

—Yo qué sé; ni allí he penetrado nunca, ni en ninguna casa que se parece á esta.

—Deben ser muy ricos estos señores: qué tonta yo haber disgustado al señorito Aurelio!... cada vez me pesa más.

—A bien, que ya tiene V. la reparacion en la mano.

—Gracias á Dios!... exclamó muy satisfecha la Sabandija.

La marquesa interrumpió la conversacion de las dos mujeres, que ni aun osaban sentarse en aquellos sillones de raso por temor á mancharlos con sus toscos vestidos.

Tula llevaba una bata de raso blanco, con forro y vuelta color cereza, por lo que desconociéndola completamente la Sabandija que siempre la habia visto de negro y con el velo echado, se volvió y dijo á media voz á Jacinta:

—Esta señora no es la que ha ido á casa.

—Que murmura la buena Sabandija, dijo la marquesa con afabilidad; y siento mucho dar á V. este nombre; pero no la conozco por otro.

La portera la miraba de hito en hito, sin atravesarse á hablar, sumamente cortada en la presencia de aquella magnífica señora que tenia toda la majestad de una reina.

Jacinta mas resuelta repuso.

—Muy buenas tardes, señora marquesa; hemos venido á traer una buena noticia al señorito Aurelio, y yo dije á la Sabandija que su merced era su madre y podíamos decirselo; pero ella se resiste á creerlo.

—Pues qué no me conoce V?... pero siéntense y hablan-

me con toda franqueza; si he ido muchas veces á su casa y usted me ha visto y me ha dado mil noticias de mi hijo cuando habitaba aquel humilde cuartito, núm. 6 en el corredor.

—Es verdad; pero la habia desconocido con ese traje; contestó al fin la portera mas animada por la amabilidad de Tula.

—Para ir allí tenia que disfrazarme porque mi pobre Aurelio perdido para mí durante muchos años sufría una persecucion horrorosa; ya por fin quiso Dios compadecerse de nosotros castigando á su implacable perseguidor y poniéndole en estado de que no nos vuelva á hacer daño.

—Me alegro con toda mi alma, porque quiero mucho al señorito Aurelio dijo la Sabandija sintiendo que poco á poco se le iba desatando la lengua.

A Jacinta que era muy discreta la contenia el respeto y no se atrevia á decir sino lo mas preciso temiendo cometer alguna indiscrecion, de manera que se volvieron las tornas, al principio ella tuvo que empezar la conversacion y despues se encargó la Sabandija de continuarla.

Roto el dique, la lengua de la portera era un torrente que se desbordaba.

—Y bien, qué noticia favorable vienen Vdes. á comunicarme?... dijo la marquesa.

—Una que ha de agradar al señorito Aurelio; yo lo sé muy bien, porque le he visto desesperado, medio loco, ofreciéndome una pension de seis mil reales por un solo detalle y ahora vengo á decirle el hecho entero; de cierto que si lo oyera me da un abrazo, y entonces me rechazó ásperamente, y me llamó bachillera y bruja; ¡ay! no podré



olvidar nunca su gesto y sus ademanes de aquel día.

—Pero qué es ello?... vamos á ver!... parece que ya la cortedad no ata su lengua...

—Es preciso, señora que yo dé á V. pormenores, balbuceó la Sabandija.

—Al hecho! al hecho!... exclamó con extraordinaria vivacidad Tula.

—Voy á ello, despues de haber llevado una mañana cruel...

—Pero Dios mio!... V. me desespera!... Hable V. Jacinta; gritó con impaciencia la marquesa.

—Que ha parecido la señorita Dalmacia, ó Maria Isabel como Vdes. la llaman; dijo la Zapatillera dirigiendo á la Sabandija una mirada de severidad, porque se iba del seguro y estaba viendo que se comprometian.

—Gracias á Dios!... bendiciones mil al altísimo que nos calma de todas sus bondades!... Esta sola dicha faltaba para completar la inmensa que ya tenemos!... Ah! y quién la ha encontrado, quién?... exclamó la marquesa.

—La Sabandija, dijo Jacinta, señalando á la portera que se habia quedado un poco confusa.

—Venga, pues, un abrazo y perdone V. mi impaciencia; dijo la marquesa estrechando con la mayor cordialidad á la pobre mujer, que rompió en sollozos.

La marquesa tambien lloraba de alegría acompañándolas Jacinta, y hubo de pasar un rato hasta que la primera conmocion pasó, y entonces Tula dijo á la portera.

—Hable V. ahora, cuénteme detalles; pero prontito, que nos vamos á buscarla inmediatamente: está lejos de aquí?...

—En la calle de Toledo frente á San Isidro.

—Voy á que enganchen un carruaje; repuso Tula y por medio de una señal ya convenida en un timbre dió la órden.

Aquí la Sabandija se despachó á su gusto encareciendo sus servicios y merecimiento, mientras que la marquesa llamaba á su doncella y allí mismo por no perder una palabra del relato cambiaba de traje.

Dos veces tuvo Jacinta que avisar á la Sabandija para que abreviase porque se hacia cansada é importuna; pero sin darse por entendida continuó hablando hasta que la marquesa completamente ataviada se puso frente á ella y preguntó:

—Con qué calle de Toledo frente á San Isidro?... y qué número?...

—En un colegio cuya muestra está en el balcon; no tiene pérdida; dijo la portera.

—Está bien; V. descuide que se la recompensará espléndidamente, y perdonen que no me detengo porque ardo en deseos de abrazar á esa querida niña.

Tula echó á andar atravesando salones y las dos mujeres apenas podian seguirla.

Llena de impaciencia y con la alegría pintada en el rostro se lanzó al carruaje que partió á escape hácia la calle de Toledo.

## CAPITULO LXXXVI.

### La tia y la sobrina.

Maria Isabel habia encontrado junto á su antigua profesora, que era una señora anciana y respetable, la bienhechora calma que necesitaba para restablecer su salud.

No así la tranquilidad de su alma que se turbaba cada dia mas y mas, al verse sola en el mundo, sin familia, sin amigos, y sin saber una palabra de Aurelio.

Esto la tenia llena de agitacion y de sobresalto. Indirectamente habia enviado varias veces á su cuartito número 6 de la calle del Duque de Alba, y siempre volvian diciéndola que no vivia allí su jóven ni sabian su paradero.

Le escribió á la redaccion del periódico, inútilmente tambien, porque como periódico liberal y de ardientísima oposicion al gobierno, todos sus redactores eran perseguidos y no llegaba ninguna carta á sus manos.

En esta situacion tristísima apeló al supremo consola-

dor de todos sus males, á Dios, para que la prestara fuerzas y resignacion suficiente para sobrellevar sus dolores.

Se entregó á las tareas de su cargo como pasanta del colegio, hallando mucha satisfaccion en cumplir fielmente con sus deberes ayudando á la noble señora que tan bondadosamente la habia recibido en su casa.

Muchas veces pensó buscar á Rosa para pedirle esplicaciones sobre su familia y saber quién eran sus padres; pero la tenia miedo, y sobre todo no queria de ninguna manera salir sola á la calle por temer á encontrarse con Octavio. En esta incertidumbre resolvió confiarse enteramente á su maestra y entre ambas convinieron en mandar una persona de su confianza á buscarla y cuando supieran su paradero la escribirian é irian ellas mismas á verla.

Hiciéronlo así efectivamente; pero fueron infructuosas las indagaciones de su enviado, porque Rosa no parecia por ninguna parte, ni nadie daba razon de ella.

María Isabel llegó á creer que estaría quizá en la cárcel á consecuencia del motin que tuvieron las cigarreras en la Fábrica.

En esta situacion estaban cuando María Isabel asomándose por casualidad al balcon vió á la Sabandija y tuvo el placer de escuchar de su boca las mas satisfactorias noticias, á las que no dió desde luego entero crédito, porque el conducto no le parecia muy seguro, y desconfiando siempre, temia no fuera una nueva acechanza de Octavio, para sacarla de la respetable casa donde habia encontrado un asilo dignísimo.

Como la Sabandija exigia con vivas instancias que la siguiera para llevarla á casa de una marquesa que era su

madre, la dijo que fuera Aurelio ó su misma madre y entonces podria dar crédito á sus palabras.

Ya sabemos lo que pasó despues; Tula llena de impaciencia llegó al colegio al anochecer y preguntó lo primero por la dueña de la casa y luego por una señorita llamada Dalmacia, porque deseaba ver á las dos.

La profesora salió primero á la sala y así que vió á la marquesa la conoció por haberla visto muchas veces con otras señoras de la grandeza repartiendo premios en las escuelas.

No necesitó decir su nombre, pues ya la profesora la saludó diciendo:

—Señora marquesa!... cuánto gusto tengo en que se haya usted dignado honrar esta humilde casa.

—Usted me conoce?... la preguntó vivamente Tula.

—Quién no conocerá en Madrid á la noble marquesa del Cinca?... exclamó galantemente la anciana maestra.

—Pues tengo un placer en ello; yo vengo á buscar á una jóven que usted debe tener en su casa.

—Dalmacia?...

—Sí; por ese nombre es conocida; pero se llama María Isabel y es mi sobrina, hija de una hermana mia.

—Aquí está ya!... dijo la diretora levantándose y presentando á la jóven que apareció en aquel momento.

—Hija de mi alma!... ven á mis brazos, ven!... exclamó la marquesa estrechando con efusion á Isabel y colmándola de caricias.

Las lágrimas de la tia y la sobrina se confundieron largo rato; ahogadas ambas por los sollozos y por la emocion que sentian no pudieron dirigirse una palabra, hasta

que un poco mas tranquilas pudo la marquesa tomar asiento en el sofá; colocó á Isabel á su lado, y mirándola frente á frente la dijo:

—Eres el vivo retrato de tu madre!... Ah! mi pobre hermana!... qué feliz será cuando la diga que ya te tengo otra vez en mi poder.

—Pero vive mi madre?... preguntó con ansiedad la jóven.

—Sí, hija mia, vive; pero desde que murió tu padre el año treinta y siete, pocos meses antes de nacer tú, entró de abadesa en un convento de Huesca y allí está haciendo siempre votos por tu felicidad y la mia.

—Cuánto me alegraría verla!...

—La veremos; pero es tan triste no poder siquiera darla un abrazo, ni estrechar su mano!... siempre por delante aquella helada reja, que la impide.

—Pobre madre mia!... y Aurelio?...

Al pronunciar este nombre se cubrieron de rubor las mejillas de la inocente jóven; pero tenia tanta ansiedad por saber de él!...

—Aurelio es mi hijo; y está con su padre fuera de Madrid, ah! es una historia muy larga que te contaré en casa.

—Con qué somos primos?...

—Sí, primos; y teneis la misma edad; ambos nacisteis el año treinta y siete, teneis, pues, diez y siete años; pero él representa veinticuatro.

—Es verdad; yo creí que tendria mas de veinte años.

La marquesa se volvió hácia la profesora que por discrecion se habia retirado dejándolas en libertad de hablar y la dijo:

—Venga usted señora mía; venga usted también á participar de nuestra felicidad.

La anciana fué á sentarse cerca de ellas.

La marquesa continuó, sin soltar las manos de Isabel que tenia entre las suyas.

—Cuando hace catorce años habitaba yo con mi madre en una torre que tenemos en Zaragoza, entraron una noche ladrones en mi casa y me robaron esta niña; desde entonces la he buscado sin cesar ofreciendo por su rescate fuertes recompensas, sin encontrarla hasta hoy y juzgue usted señora de mi felicidad y de mi alegría por este fausto acontecimiento que llena de júbilo mi alma.

—Felicito á ustedes y les doy mi mas cordial enhorabuena; desde que esta niña tenia siete años ha venido á mi colegio; y ¡cuántas veces, señora marquesa he visto á usted repartiendo premios en las escuelas!... ¿quién lo hubiera sabido?... exclamó la profesora.

—La Providencia la pone en mis brazos, y ya no se apartará de ellos, sino para pasar á los de mi hijo que la adora y será su esposo.

—Yo creí que me habria olvidado!... le he escrito diferentes veces, desde que estoy aquí; murmuró tímidamente María Isabel.

—Pues no ha recibido ninguna carta; porque sufría mucho, y los dos hemos trabajado lo que nadie sabe por encontrarte.

Ah! cuando se lo diga, que alegría tan inmensa va á tener!... hoy mismo le escribiremos, porque te vienes conmigo; señora me la llevo; dijo la marquesa volviéndose hácia la profesora.

—Es usted muy dueña señora marquesa; yo me alegro mucho de su felicidad, la he querido y la quiero mucho, ella lo sabe.

—Ah! mi querida maestra!... yo siento tanto dejar á usted!... exclamó María Isabel abrazándola y llorando.

—Yo también; pero soy feliz porque tú lo eres.

—Véngase usted con nosotras; la dijo Tula.

—Quién sabe si algun dia tendré que buscar un apoyo en su amistad; ya soy muy vieja, no tengo familia y acaso me vea sin recursos en los últimos dias de mi vida.

—Eso nunca!... exclamó vivamente la marquesa; ha educado usted á mi niña y tendrá su recompensa; desde luego puede usted contar con una pension de doce mil reales anuales para su subsistencia, á fin de que deje los afanes del colegio y pueda vivir con entera tranquilidad.

—Ah! señora, mil gracias!... exclamó la anciana llorando de alegría.

María Isabel la abrazó y la dijo:

—Y se viene usted á vivir conmigo; quiere usted tía mia?...

—Sí, hija de mi alma!... todo lo que tú quieras.

Las dos señoras se despidieron de la anciana prometiendo volver á visitarla, y poco despues enagenadas de júbilo se dirigian á su casa.



## CAPITULO LXXXVII.

### Efectos del amor maternal.

La señora Andrea confiando ciegamente en la promesa de Estefanía, estaba disponiendo una succulenta cena para el hijo de su alma, compuesta de aquellos manjares que eran mas de su agrado cuando oyó llamar á la puerta.

El corazon la dió un salto en el pecho y como si hubiera sido una muchacha de quince años se lanzó á abrir llena de esperanza y de ansiedad.

Se encontró frente á frente con Estefanía, y sin poder resistir al primer impulso, la estrechó contra su corazon exclamando:

—Creí que era mi hijo; pero no importa, tú me traes noticias tuyas ¿no es verdad?

—En efecto, y muy buenas, contestó la jóven correspondiendo al afectuoso apretón de la vieja prendera que en tan poco tiempo habia sufrido en favor de Estefanía una reaccion tan completa.

—Mira, ven, y perdona que te trate con tanta fran-

queza; pero mi corazon rebosa de gratitud y no puedo ser ceremoniosa.

La prendera llevó de la mano á Estefanía hasta la cocina y mostrándola los preparativos de la succulenta cena la decia:

—En prueba de que yo tenia gran confianza en tu promesa, estoy haciendo la cena para cuando venga mi Frasquito.

—Vendrá antes de las nueve, acabo de verle y me lo ha prometido solemnemente; yo he querido anticipar á usted tan grata nueva y pagarla al propio tiempo su visita.

—¡Muchas gracias! pero yo no merecia tanta bondad de tu parte; te he tratado muy mal!... exclamó la pobre mujer enternecida.

—Bah! quien se acuerda de eso; dijo Estefanía; pensemos solamente en Frasquito. Ya no se marcha á América y es necesario que usted procure complacerle para que su estancia en Madrid le sea grata.

—Y qué he de hacer para eso?... dijo la señora Andrea limpiándose las lágrimas con la punta de su delantal de cocina.

—Lo primero quitar ese puesto de trapos viejos que tiene usted en el Rastro y que Frasquito no le puede tolerar; aborrece de muerte ese comercio, se lo he oido cien veces y es cosa que le disgusta muchísimo.

—Bien, yo le quitaré; cierto que hemos tenido algunos disgustos por esa causa.

—Tienen ustedes ya un buen capitalito, y pueden poner un gran taller de ebanistería y entonces Frasquito estará en su elemento, tendrá sus oficiales, su casa, sus

obligaciones, y no volverá á pensar en los desvaríos de abandonar la España; idea bastante arraigada en él, y que yo no he podido quitarle del todo; únicamente me ha dicho que por ahora no se irá; con que á usted toca, haciendo lo que la aconsejo con el mejor deseo, encadenarle en su país y en los brazos de usted que no debe separarse de él ni un solo minuto.

—Es verdad!... es verdad!... ¡cuánta razon tienes!... murmuraba la prendera contemplando estática á la hermosa jóven.

—Ya ve usted, abandonado á sí mismo, siempre dependiendo de un maestro y en union de los compañeros que unos son buenos y otros son malos, pueden viciar su excelente índole, llevándole por caminos que no le convienen y comprometiéndole á veces; lo que no sucederia teniendo su establecimiento y ya una responsabilidad y una posicion que respetar.

—Sí, sí; lo comprendo todo; nadie me ha dicho eso nunca y á mí no se me ha ocurrido; veo tu buen juicio y declaro que eres nuestra salvadora; te deberé mas que la vida.

—Únicamente porque conozco á Frasquito, acaso mas que usted; le he querido muchísimo y hoy es para mí como un hermano; comprendo los compromisos á que se espone estando abandonado á sí propio, lo que no será igual teniendo las sagradas obligaciones de un establecimiento y de una madre.

Milagro será que no esté mezclada en la conspiracion que hoy agita al pueblo de Madrid!...

—Virgen del Cármen!... pues no nos faltaba otra cosa!...

esclamó juntando las manos la señora Andrea; y yo que tengo un miedo horrible á las barricadas!... Ah! Dios mio!... no quiero verle con el trabuco!... nó; le encerraré en casa y no consentiré que salga.

—Esto es una sospecha nada mas, señora Andrea; usted no le diga nada y viva prevenida, dijo Estefanía levantándose.

—Desde mañana traspaso el puesto del Rastro y empezamos á buscar taller, no espero ni un minuto; en cuanto amanezca estoy allá vendiéndolo todo á real por pieza. Pero ya te vas?...

—Sí, señora; tengo mi casa en poder de la criada.

—Por qué no te quedas á cenar con nosotros?... ¡Cuánto se alegrará Frasquito!... Mira, tengo unas perdices estofadas riquísimas y un bacalao á la vizcaina que dice comedme.

—Ya lo anuncia el escelente aroma que exhalan las cacerolas; y me alegraria mucho; pero no puedo; me marcho antes que sea mas tarde.

—He convidado á cenar á Jacinta, la mujer del zapati-llero, que es una santa. Tengo gusto en celebrar esta deseada reconciliacion con el hijo de mis entrañas y solo tú faltas para completar la fiesta.

—Imposible!... hasta mañana señora Andrea; vaya usted á verme y me contará como han pasado la noche; dijo Estefanía dirigiéndose á la puerta.

—Sí que iré con muchísimo gusto y te llevaré unas perdices; compré esta mañana á un lugareño media docena hermosísimas; parecen pavas.

La prendera acompañó á la jóven hasta la escalera pro-

digándole en cariñosas demostraciones su tardío afecto.

Frasquito cumplió su palabra, presentándose en su casa antes de las nueve, donde fué recibido con el mayor júbilo por la pobre madre y por la señora Jacinta y algunas vecinas que la acompañaban.

La cena se verificó en familia con una cordialidad estremada, era un fausto suceso que debia celebrarse con sumo alborozo.

El bondadoso ebanista que tenia tan buen corazon, no pudo menos de sentirse penetrado de un vivo reconocimiento por el cariño de su madre y mucho mas al oirla los planes que tenia para el porvenir.

¡Qué súbita transformacion!... ¡ella tan miserable que esperaba con afan el sueldo de su hijo para llevarlo á la caja de ahorros, y ahora estaba dispuesta á montar un establecimiento de gran lujo para su Frasquito!...

Apegada desde tantos años á sus guiñapos del Rastro, donde pasaba con gusto los helados dias del invierno y los abrasadores del verano y consentia gustosa en desprenderse de ellos solo por complacerle?...

¡Qué maravilla!...

No dudaba Frasquito que la influencia de Estefanía habia operado aquel milagro, y en el fondo de su alma dió gracias á su amiga que así cuidaba de su bienestar consiguiendo de la prendera, lo que no pudo nunca conseguir él mismo.

No bien terminaron la animada cena cuando empezó á dispersarse la reunion, por la inesperada llegada del tío Roque que se presentó súbitamente.

Todo era felicidad y alegría esta noche.

Frasquito le obligó á cenar con ellos y luego dijo a su mujer que le preguntaba sin cesar, que acababa de llegar con el señorito Aurelio, y que ya no se marcharian porque tenian que trabajar en Madrid, para conseguir que el pueblo ayudase al ejército, sin lo cual era muy incierta la victoria.

Dejemos, pues, á los bienaventurados vecinos de la calle del Duque de Alba, para trasladarnos á casa de la marquesa donde no era menor la alegría, porque Aurelio se encontró con su adorada prima cuando menos le esperaban.

## CAPITULO LXXXVIII.

**Sorpresas agradables.**

¡Qué nueva perspectiva se abría ante los ojos de María Isabel, al encontrarse en el espléndido palacio de su tía!... ¡Qué emociones tan dulcísimas y consoladoras embargaron su hermoso corazón!...

Ella no era ambiciosa, nunca tuvo esa natural aspiración al engrandecimiento y al lujo, porque criada en la humildad desde que Rosa la robó de Zaragoza, no había conocido los placeres ni las comodidades de la clase elevada.

No lo extrañaron sin embargo; entró en aquella opulenta casa sin la menor sorpresa, se dejó servir por las doncellas y se instaló en el precioso gabinete que la destinaron sin extrañeza ni admiración de ningún género.

Sus modales eran finos y distinguidos, y la sentaron admirablemente los elegantes trajes que á toda prisa la arreglaron las doncellas y costureras de la marquesa.

Su cabeza sufrió una súbita transformación bajo la en-

tendida mano del peluquero, encontrándose en pocas horas completamente cambiada.

Cuando la marquesa la vió, no pudo menos de abrazarla con entusiasmo.

—¡Ay! la decía; eres el vivo retrato de tu madre!... ven, ven á que te vea la abuelita.

Y cogiéndola del brazo, la llevó á la habitacion de la anciana marquesa.

El rostro de Isabel encendido por el carmin de la satisfaccion y el júbilo natural que experimentaba, aparecia radiante y expresivo, coronado por los hermosos bucles de su rizada cabellera.

Vestia un traje azul de gro, con adornos blancos y un elegante y sencillo aderezo de perlas que Tula la puso por su misma mano, diciéndola que habia pertenecido á su madre con otras muchas joyas que la entregaría, porque eran suyas.

Sin mas que este sencillísimo atavio estaba encantadora.

La anciana paralítica manifestó al verla, vivísimo placer, con aquella mímica elocuente y muda que tan perfectamente comprendian ya los que la rodeaban.

Hallándose en este momento de felicidad, entró Anita á decir á la marquesa que un lacayo acababa de llegar con una carta que no queria entregar sino á ella en su propia mano; y esperaba en la antesala.

—Que pase á mi gabinete; exclamó con viveza la marquesa creyendo que seria la carta de su marido.

Anita desapareció y detrás de ella Tula, dejando á la abuela y á la nieta, que no se cansaban de estar juntas prodigándose mil caricias.



Cuando la marquesa entró en el gabinete, se encontró con su hijo Aurelio que se arrojó en sus brazos. La librea del lacayo estaba á sus piés, como igualmente la barba postiza con que se habia disfrazado para entrar en Madrid.

—Hijo de mi alma!... gritó la marquesa estrechándole contra su corazón; ¿Y tu padre?...

—Bueno!... pero déjeme V. querida mamá, satisfacer la ardiente sed de caricias que me devora; exclamó el jóven besando los cabellos y la frente de su madre.

—Sí, hijo mio, sí; ya merezco tus caricias, porque tengo nuevas muy satisfactorias que comunicarte; hoy es dia de emociones inesperadas y dulcísimas.

—Qué ¿ha aparecido mi prima?... exclamó con impetuosidad el jóven adivinando el acontecimiento de una manera muy natural, por que era su idea fija.

—Justamente; pero tú lo sabias?...

—Nó á fé, querida mamá; pero dónde está?... quiero verla... ah! qué dia tan dichoso!...

Y en el transporte de su goce nuevos abrazos y ardientísimas caricias prodigó á su madre, que entre ofendida y risueña, exclamó separándose dulcemente:

—Basta!... basta!... eso ya no lo agradezco; no es por mí, es por Isabel; ven á verla, y repórtate, no vayas á presentarte hecho un loco.

Aurelio no podia calmar su arrebato; tanta era la dicha que experimentaba su alma!...

Se miró al espejo, se arregló con la mayor coquetería la corbata y el cabello, y preguntó á la marquesa con la mayor viveza:

—Y está ya buena?... ¿dónde la han encontrado? me ama aun?... ¿ha preguntado por mí?...

—Si todo lo quieres saber á un tiempo, no te diré nada; pues, vaya un aluvion de preguntas!... Me gusta!... los niños estos enamorados, lo primero que pierden es el juicio, y luego hasta el sentido comun.

—Perdone V. querida mamá!... exclamó el jóven pretendiendo abrazarla de nuevo.

—Nó; nó; dijo Tula rechazándole; no quiero abrazos que no me pertenecen. Sígueme y todas esas preguntas se las puedes hacer á Isabel.

La marquesa se dirigió á la habitacion de su madre y Aurelio la siguió.

Antes de entrar le ocurrió á Tula que debia prevenir á Isabel antes de que Aurelio se presentase. Este, á pesar de sus vehementes deseos de verla, convino en la justicia de la observacion y se resignó á pasar unos momentos de angustiosa ansiedad, en la habitacion inmediata.

Pero se colocó detrás de una cortina, de manera que podia verla y oirla perfectamente; de este modo le era menos penoso el esperar, con la ventaja de que observaba el efecto que le hacia la noticia.

—A qué no saben ustedes de quién es la carta que acaban de traerme?... entró diciendo la marquesa.

La anciana se sonrió y señaló con una mirada el retrato de Leon, que entre los de toda la familia estaba colgado en frente de su cama, para que pudiera cómodamente designar á aquel de quien hablaba.

—¿De Leon?... dijo la marquesa viendo dónde se habia clavado la mirada de su madre; no señora, no es de él.

—De Aurelio; exclamó tímidamente Isabel, poniéndose encendida como la grana.

—Justamente; pero no te ruborices por haberlo adivinado, pues lo propio le hubiera sucedido á él; ese es el privilegio de los amantes, adivinan enseguida lo que se refiere al objeto de su amor.

Isabel bajó los ojos, ruborizándose mas y mas y sin atreverse á decir otra palabra.

La mirada de la paralítica fija en Tula, era una muda interrogacion, pero elocuente y espresiva.

—Ea! ya están ustedes las dos, abuela y nieta, deseando saber lo que me dice: ¿no es eso?

La anciana contestó con un signo afirmativo: Isabel con una sonrisa.

—Pues bien; me anuncia su llegada.

—¡Su llegada!... murmuró Isabel entre sorprendida y gozosa.

—Sí; ¿te alegras?

—Ya lo creo; tendré mucho gusto en verle.

—Dentro de pocos instantes estará aquí; dijo la marquesa dirigiéndose hácia la puerta.

Pero Aurelio se adelantó á su pensamiento, presentándose entre el cortinaje de raso encarnado con fleco de oro, que guarnecía la puerta, y que prestaba á su gallarda presencia un atractivo especial.

—Aurelio!... exclamó Isabel toda trémula, profundamente conmovida y llenos de lágrimas sus ojos.

—Prima mia!... aquí estoy!... ya no te perderemos otra vez!... gritó Aurelio precipitándose á su lado y estrechando con vivas muestras de cariño la mano que la jóven le tendia.

Hubo un instante en que se olvidaron de todo, pensando solo en ellos mismos.

Él la contemplaba estático:

—Qué bella estás! la decía; y no se cansaba de admirarla con su traje de gran señora, que la sentaba divinamente, realzando sus gracias encantadoras.

—Egoistas!... egoistas!... ah! los enamorados son insoportables!... exclamó la marquesa; ya no se acuerdan de nadie; os dejo y me voy á ver á la pobre Rosa.

Y la marquesa salió del gabinete.

Aurelio despues de abrazar á su abuela fué á sentarse con Isabel en un sofá, donde empezaron esa animada y sabrosa conversacion, que tanta sal tiene para los amantes, y tan insulsa es para los demás.